

JULIE SOMOS TODAS

Reflexiones sobre la construcción del género y la ciudad

No se nace mujer, se llega a serlo.

Simone de Beauvoir, 1949.

I. Recordar es algo parecido a situar

He visto varias veces la película Azul (1993) de K. Kieślowski. La primera de ellas estaba en segundo año de Filosofía. Mi profesor de filosofía estética nos dijo que había que ir a verla. La película estaba siendo estrenada en los cines de Colombia. Mi compañera de la facultad de aquel entonces no dejaba de decir que era una película bellísima y yo le creía porque ella, además, era cantante y podía reconocer en la música -esa otra protagonista de la película-, algo para lo que yo no estaba educada.

No supe realmente a qué se referían cuando hablaban de lo bello. Tampoco entendí en ese momento porque era tan importante esa película. Nunca entendí qué era lo que debía entender o experimentar. Todo lo que en mí quedó de la película fue la imagen de la lámpara de cristales azules.

Años más tarde -once para ser exactos-, aproveché la oferta de la edición dominical de un diario que la ofrecía y la compré con él. Vivía en Barcelona y con el ánimo de entender y hacerme una mujer ilustrada, me dije: "-Venga, vamos a ver la película de nuevo, algo tiene, aunque yo no sepa qué es". Volví a verla y no recuerdo haber captado algo diferente a la primera vez. Seguí preguntándome ¿qué es lo que la hace especial?, ¿qué tiene?, ¿qué será lo bello? La lámpara azul seguía capturando mi atención; de hecho, esperaba las escenas en las que la lámpara parecía tener un significado especial, pero ¿cuál? No sabía a qué idea podía aludir ni si mi sentimiento sobre su fascinación era legítimo.

Azul no entraba en mí; yo no entraba en Azul. No había comunicación.

Para poder ver hay que tener un marco de referencia; algo que puedas desplazar llegado el caso. Para sentir, en cambio, parece que hay que dejarse ir.

Sé muy poco de filosofía estética. Quiero imaginar que de otras cosas sé un poco más. A pesar de ello, lo mucho de lo que sé poco -incluida yo misma- hizo posible que entrara en un silencio tranquilo al verla por tercera vez, tras casi trece años del segundo visionado. ¿Soy la misma o no soy la misma?

Lo que acabo de ver (1); lo que me fue dado ver (2); lo que construí al hilo de la historia (3); estas tres opciones, rápidamente se hicieron palabra. Así, entendí y así he creído entender por qué Julie es un arquetipo. Un arquetipo del género femenino.

Visto a contraluz de la caída del muro de Berlín, el arquetipo venía en un embalaje AZUL y no rosa. Julie no es nadie, tampoco es alguien. JULIE SOMOS TODAS. Ella es la arquetipa de aquellas que rompen su pasado. Da igual si lo que rompe ese pasado es el resultado de la mala suerte o de una conjura aparentemente maldita del destino. Julie es la arquetipa de quien ya no puede volver a su pasado y se ve obligada a enfrentarse a un sentido de la libertad que no conoce y que le viene impuesto a través del dolor.

¿Quiénes somos para pensar que la libertad es la felicidad y no, más bien, el filo de un abismo, la torpeza de alguien que te obliga a posicionarte, la imbecilidad propia que te arroja a mirarte a la cara sin dilación?; en suma, un coste, un elevado precio que pagas y duele. La libertad no es un sinónimo de la felicidad. Por el contrario, ella parece ser el estado previo a la asunción de estar aquí y ahora sin temor. Puede que todo cuanto ella signifique no sea nada menos que el acto de crearte un rostro, algo que haga posible decir: "- hela ahí". Así, ella sería algo parecido a ese pequeño gesto, casi mínimo y no menos bravo por ello, de quien parpadea para indicar que cambia de dirección.

Lo que sigue a continuación es una recreación de lo que guardo ahora, de lo que Azul pudo proporcionarme y de la firme convicción de que hacerse a una misma es la mejor forma de abrazar la tierra que pisas y de darle sentido a seguir respirando y parpadear.

II. Ajustar el/al espacio

Si el espacio que habitamos no nos da elección, no nos deja hacernos a nosotras mismas, entonces exigimos que el espacio que habitamos ya no nos habite más. Pedimos transformarlo de acuerdo a nuestras necesidades, moldearlo de acuerdo a la exigencia de que esté hecho a la medida de las acciones que queremos realizar y a las que queremos asistir.

El espacio se modifica con nuestro movimiento. Nuestro movimiento atiende al espacio en el que ocurre. Tanto uno como otro son acciones que no pueden entenderse por separado porque ellas responden a nuestro sentido del tiempo. El espacio y el movimiento no están fuera de la historia, sino que forman parte de ella. De hecho, hablar del espacio es hablar de su historia y de los movimientos que lo hacen posible.

La historia, el espacio y el movimiento articulan lo que entendemos por formas de habitar. Se trata de crear algo que podamos identificar como habitable: un entorno en el que nos sintamos cómodas, seguras; en el que ajustemos las formas de vida que esperan disponer de lo que queremos llegar a ser.

El espacio, en su calidad de contenido y continente, podría ser algo parecido a la forma de un deseo solidario. Algo que nos recuerde a un coro de voces: plural y único; y tan armónico y vivaz como para enseñarnos que, en el fondo, se trata de una corriente heterogénea. Un coro que, en definitiva, haga de un uno un todos, que pueble y conforme el lugar en el que se inaugura la palabra: sí, la que alguna vez fue canto, la que puede volver a ser un canto y la que todavía quiere cantar desliziándose bajo la ropa, invitándonos a danzar, a dejarnos ir, a estar aquí y ahora sin temor.

III. Llegar a ser o cómo habitar el espacio

- Julie, ¿estás ahí?, ¿estás ahí, Julie?

Alguien mueve la cabeza mientras escucha cómo caen las pastillas del frasco.

Julie está ahí sin querer estar. Julie es una mitad que cojea.

Un aire gélido había hecho volar por los aires sus afectos, sus risas, sus llantos y sus goces, sus dolores sordos. Le duele pensar en eso, en el espacio que ya no es suyo, el que le ha sido arrancado de cuajo. Prefiere no pensar, no sabe cómo habitar su piel.

-Julie, ¿sigues ahí?

Solo quedan unos acordes, pocos; sí, es cierto, pero no abandonan el espacio de su mente y se tejen al recuerdo cansino de una vida que ya no podrá ser de aquella manera. No, nunca más será igual.

-Julie ¿estás ahí?

Julie no dice nada mientras piensa. No quiero hablar, solo miro a la lámpara y dejo ir entre el tintineo azul de sus cristales colgantes las preguntas que ya no tienen solución, las que ya no quiero hacerme.

-Julieeee, Julieeee, contéstame.

Ya no sé quién soy. Algo, sí; ¿alguien?, pero ¿quién? Mi vida ya no es la que era. Aquello que era cierto, que yo creía cierto, está lleno de sombras. La vida que me era conocida, la que creía mía es otra cosa, acaso un reflejo de todo cuanto pensaba que era real.

Julie se sienta en el banco blanco de la plaza, deja que el sol acaricie sus cabellos.

Ya no estás, ya no estás aquí conmigo. Ya no soy madre, no soy esposa, soy una madre huérfana, una viuda, alguien que ha perdido la oportunidad de abrazar a su hija nuevamente, otra mujer a la que su marido engañaba; sí, eso soy: una suma de pérdidas, incluso una hija a quien mi madre en su Alzheimer confunde con mi hermana.

No puedo reprochar a nadie. Mi voz choca contra el silencio de sus ausencias, de mi propia ausencia y me devuelve un rostro que casi no conozco: no soy la misma y aún soy la misma.

No quiero llorar, así que tenso el gesto de mi rostro. Frunzo mi ceño; endurezco mis pómulos; bajo mis ojos dejo que me saluden mis ojeras coloreando de violeta esta mirada que se hunde, que se quiere ausente ante unos ojos que todavía preguntan: ¿qué hago aquí? Juego con mis dedos, estiro cada lado de mi boca para probarme una sonrisa ¿podré hacerlo de nuevo? Hace frío, tengo frío, ¿Era feliz? Creo que lo era, creo que lo fui.

Todo se desvanece a mi lado, todo desaparece. Alguien cree que soy libre, que podré inaugurar una vida sin deberme a nadie. Veo los lazos que cuelgan de mi ropa como cuelgan las colas de las cometas. Estos lazos ya no pertenecen a nadie, ya no me unen a nadie. ¿Qué significa que me debo a mí? ¿Qué hago ahora con esta vida?

Me queda mi rostro. ¿Me queda mi rostro? Lo que tengo ante mis ojos se parece más a una materia informe que habrá que esculpir. Quizá no, quizá no sea así del todo.

Este proyecto era tuyo, todos lo esperaban. En secreto era nuestro proyecto y ahora solo son papeles. Quebrada. Este tampoco era mi proyecto, tampoco lo es ahora. No, ya no.

Respiro, aún respiro y solo quiero silencio. Ampliar el vacío de la ausencia para que por fin me trague, para que no quede espacio libre para pensar ni para el pesar.

Me hundo, me hundo mientras busco respirar. Me abrazo al agua, me acuerdo de nada y la música vuelve a sonar, no dejo de llorar. Aún sigo nadando, aun puedo escuchar la melodía, el compás, el concierto.

No quiero volver, me inquieto al agua. No quiero volver. Me sumerjo de nuevo en el agua y veo y veo cómo entran los coros. Julie mantiene el hábito de perseguir, yo me persigo, me busco el vacío y veo que acurruco rápido para no escuchar, pero allí está, allí estoy, la música sigue su compás: no quiero oír, no quiero volver.

El vacío ya no es mi paz. La música teje el espacio en el que ya no quiero habitar.

Algo en mí sigue palpitando, algo en mí se resiste todavía, me llama y no me deja ir. Sigo aquí, sigo con vida. Sigo aquí, recordándolo todo. Quebrada, rota por en medio, veo cómo se desplazan mis formas, cómo las piezas de mi yo se reacomoda, se giran, me devuelven un rostro amigo, pero no es el mío.

Me empeño en buscarme, pero no quiero encontrarme. Cuanto más deseo apartarme, más firme viene y me envuelve.

- Te he buscado hasta encontrarte Julie.

Julie parpadea al sorber su café.

El silencio se modula, yo lo modulo ahora. Mi tiempo es mi silencio y mi deseo.

También yo te deseo, también espero un abrazo y dejarme ir en él para de nuevo olvidar.

Mi espacio se puebla de viejas-nuevas voces. El vacío se reduce, nuevos afectos lo limitan, lo van recortando.

No somos iguales. Queremos ser iguales. No, aún no podemos ser iguales.

-¿Escuchas esto Olivier?

- Sí, Julie. Escucho. Me dejo guiar, me dejo llevar. Asiento a tu pulso, atiendo a la modulación que marcas. Ahora entran cómo vas poblando el tiempo, cómo mas habitándote de nuevo. Adquiero esa forma suave y anti tímida que alzas tu entrecejo. Amo tu melodía y me deslizo en ella. Quiero capturarla. Solo escucho el movimiento de tu pelo, el roce de tu piel en la mía y me detengo. Observo que tu oído teje una nueva sinfonía.

-¡Coros!

Eso es, coros. Los coros hacen que vuelva el sentido del cuerpo, nos devuelven la esperanza de algo que se puede construir; de algo que no está y puede hacerse, modificarse, crearse y darle otro sentido. Darle otro tono al ya decrepito lugar en el que las cosas han dejado de significar, de sentirse, de hablarse, de tocarnos: de habitarlos.

Una esperanza nueva, una melodía, un coro en cuatro tiempos. No, un coro no, que sean cuatro. Sí, uno desde cada esquina desafiando el vacío del espacio, cubriéndolo con el sentido de una fraternidad que se construye paso a paso, que fue ideal y ahora es esperanza, que sigue siendo la opción de que el tiempo no circule en vano, de que el espacio pueda ser habitado de otra forma.

-¡Coros! Eso es Julie.

Que su entusiasmo inaugure otra forma de hablar, de poblar. ¡Coros! que recuerden la vida en la ciudad, las voces que se tejen en el rompería el hábito; individuos y desorden se ocultan de sí mismos a la vez que se revelan; ese puñado de gente actuando como uno. ¡Coros! el tiempo de la multiplicidad, de gente que corre sumergida en la tonalidad diversa del sonido de su voz.

- ¡Coros, Julie! Eso es.

El sentido de tu cuerpo ya no está mudo Julie. Ahora diriges el tempo de tu respirar. Has nacido dos veces como le ocurre a cada mujer: primero para ellos y después para ti misma. Julie, ahora recuerdas que tus movimientos crean tu espacio, que hablar o no querer observar también son acciones que denotan tu forma de estar, de habitar, tu modo de decir: ¡aquí estoy!

-Julie, sé que ya no estas ahí. Sé que ahora vives contigo, que te gustas y te buscas en lo que es más tuyo.

¡Coros! Julie. Ahora tú eres la música. Zambullida bajo el agua, acaricias todavía la fuerza de algo que en ti se resiste a morir: voluntad de ser la que pudiste, la que quisiste y la que llegaste a ser.

Por fin Julie lo ve. Ahora ella debe rubricar su obra: esta sinfonía en la que ella define dónde, cuándo y cómo entran los coros. Julie mantiene su nombre para volverlo a crear y abandona el apellido que ya no le pertenece, que ya no es ella, que le vino dado por ser la Julie de alguien, la posesión de otro que no era ella. Ya no es la esposa de...; la mujer de, ni la compañera de; tampoco es la madre de...; la hija de...

Julie no quiere preguntas, no las necesita. Se entretiene siendo ella, siendo dueña de su vida.

-¡Coros! Eso es.

Vuelve a poblarse el espacio, la ciudad asiste a su propio encuentro: diversa en su singularidad nunca está hecha, nunca está completa; su propia melodía tanto la encuentra como la encuentra, no fue lo que pensó que era y aún puede ser algo más de lo que se espera.

Julie está sola a la vez que acompañada de gestos pequeños que la nombran, que la hacen recordar en qué consiste la fraternidad: el espacio libremente en igualdad, transformar la cadena de lo que era y abrazar la tierra que pisas aquí y ahora sin temor.

Martha Palacio Avedaño

Barcelona, marzo de 2018

